

GORDON BURN

*Felices como
asesinos*



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

GORDON BURN

Felices como asesinos

Traducción de Antonio y Beria, Herminia Resines

Anagrama

Sinopsis

El 26 de febrero de 1994, tras una errática investigación, la policía descubre enterrados en el jardín de Fred y Rosemary West los restos de su hija Heather. El matrimonio ya había sido denunciado hacía unos cuantos años por una jovencita que había trabajado como canguro en su casa. Pero ahora, en el atroz rompecabezas compuesto por los huesos de Heather, hay un tercer fémur que no le pertenece. Las excavaciones continuarán y los restos de otras ocho mujeres son encontrados en el jardín y en el interior de la casa. Un libro arriesgado, obsesionante, que nos obliga a indagar en el enigma del Mal. Burn reconstruye las vidas de los West desde la infancia, los sitúa en el tejido social, los va siguiendo en sus relaciones, en la progresiva cristalización de un universo de pesadilla lleno de rituales obscenos, en la constitución de esa esperpéntica familia que vivió durante años rodeada de vecinos en una pequeña ciudad de Inglaterra, sin que nadie viera nada, oyera nada, dijera nada.

Título Original: Happy Like Murderers
Traductor: Resines, Antonio y Beria, Herminia
Autor: Burn, Gordon
©2000, Anagrama
ISBN: 9788433972576
Generado con: QualityEbook v0.86
Generado por: Silicon, 20/07/2018
Gordon Burn
Felices como asesinos

TÍTULO de la edición original: Happy Like Murderers
Traducción del inglés: Antonio Resines y Herminia Beria,
cedida por Editorial Anagrama, S. A.
Diseño: Sangenis
Imagen de la sobrecubierta: Shutterstock / Patricia Malina
Fotografía del autor: Sage
© Gordon Burn, 1998
© de la traducción: Antonio Resines y Herminia Beria, 1000
© Editorial Anagrama, S. A., 2.000
Depósito legal: B. 17341—1011
ISBN 978—84—671—4 × 78—1

1

QUEDGELEY es un suburbio del extremo sur de Gloucester; en dirección a Bristol. Hasta los cuatro años Carol vivió en Quedgeley, en una casa grande rodeada de varias hectáreas de tierra. Justo antes de nacer ella, sin embargo, el edificio había sido dividido en apartamentos y habían convertido los terrenos adyacentes en un camping para caravanas.

En aquellos días —hablamos de la posguerra, a mediados de la década de 1950—, sobre los cráteres de las bombas y en los baldíos se habían construido casas prefabricadas, como cajas de zapatos, a modo de viviendas para los soldados desmovilizados y sus futuras familias. Por motivos similares habían proliferado como setas los aparcamientos para caravanas en los alrededores de muchas ciudades y pueblos.

El emplazamiento de Quedgeley Court era uno de ellos. Las roulottes, como las llamaban sus ocupantes, no eran vehículos de recreo, sino que estaban habitadas todo el año por familias numerosas, conflictivas y de escasos recursos. Aunque no había razón para ello, las familias que vivían en la casa, cuyas paredes interiores no eran más gruesas que las carrocerías de las caravanas, se consideraban ligeramente superiores a los ocupantes de éstas, a la gente que dormía en camas que durante el día se convertían en armarios y mesas y tenía que compartir lavabos y todo lo demás. A Carol, que pasó toda su infancia y adolescencia sin saber lo que significa tener un lugar al que considerar propio, le admiraba que pudiesen vivir en tales condiciones. Familias en continuo crecimiento, a menudo enfrentadas, que no se conocían unas a otras, se apiñaban en espacios vitales en los que se oía hasta el más íntimo de los sonidos, mientras que más allá, hasta perderse en el horizonte, se extendían verdes y al parecer inútiles campiñas.

La madre de Carol se llamaba Elizabeth. Le habría gustado que sus vecinos de Quedgeley Court la llamaran Liz, pero a esas alturas de su vida lo más que había logrado era que la llamaran Betty, un nombre que parecía más apropiado para una fregona de bar —actividad a la que se dedicaba ocasionalmente— que además era madre soltera.

Betty Mills había tenido dos hijos antes de Carol. El primero, Christopher, fue lo que por aquel entonces se llamaba «un niño azul»; tenía un agujero en el corazón y sólo vivió alrededor de un año. Tenía también seis dedos en las manos y otros tantos en los pies. Durante su breve vida estuvo a cargo de una mujer de Gloucester conocida como Nanny

Munroe, que vivía en Barnwood Road, cerca del Black Dog, el pub donde trabajaba Betty Mills, lo que le facilitaba las visitas. Betty consiguió pasar algún tiempo con Christopher; pero el niño jamás llegó a vivir con ella.

Su segundo hijo, Phillip, nació en 1953, año y medio antes que Carol. El parto se retrasó y Phil llegó al mundo rojo como la grana y cubierto de fino vello blanco de la cabeza a los pies. Carol, en cambio, fue un bebé rollizo y hermoso con un precioso pelo ensortijado. Su madre nunca se cansaba de repetírselo, a ellos y a todo el mundo, como demostración de que habían sido diferentes desde el principio, cosa que a Phil le sentaba como un tiro. Carol estaba segura de que Phil la odiaba porque era la favorita de su madre. A los dos años, su hermano le dio a comer una corteza de tocino y casi se asfixia. A menudo se pregunta si aquello fue la primera exteriorización de su aversión hacia ella. Con el paso del tiempo, cuando salían y coincidían en alguna parte y sus amigos se mostraban interesados en ella, Phil había llegado al punto de fingir que vomitaba cuando Carol pasaba delante de él, y le decía cosas horribles en voz baja. El aterrador desprecio que le mostraba fue en aumento durante su adolescencia. No se tenían la menor confianza.

El padre de Christopher, el niño cianótico, no era el mismo que el de Phillip y Carol. Phillip y Carol fueron concebidos de un mismo hombre, pero tampoco era el hombre con el que por aquel entonces estaba casada Betty Mills.

La situación era complicada, pero lo era de un modo público y manifiesto al que el sistema aprendería a dar respuesta en medio de las convulsiones experimentadas en los veinte o treinta años siguientes, un periodo de familias cada vez menos ortodoxas, mestizas, pluripaternales y multimaternales.

Betty Mills estaba casada con un hombre llamado Raine y ése fue el apellido que recibieron sus hijos. Albert Raine era marino mercante. Era también homosexual. Por supuesto, Betty no lo sabía cuándo se casó con él, pero no tardó en darse cuenta al ver a los amigos que invitaba a casa. El pa-

dre natural de Phillip y Carol, al que Betty había estado viendo sin que Albert Raine lo supiera, era un peón caminero irlandés llamado Michael Mahoney.

Hasta que se inauguró el puente sobre el Severn, Gloucester era el cruce de caminos más meridional del río, y todo el tráfico procedente del sur de Inglaterra que se dirigía al sur de Gales pasaba por el centro mismo de la ciudad. Antes de la inauguración de la autopista M5, ocurría exactamente igual con el tráfico que recorría la ruta de norte a sur. Las principales arterias comerciales estaban permanentemente atestadas de enormes camiones de transporte a larga distancia, con sus lonas enceradas, eructando humo, vomitando suciedad. Michael Mahoney formó parte del programa de renovación y reconstrucción de posguerra. Era el capataz de un equipo de obreros que construía nuevas carreteras en Gloucester.

Cuando Phillip ya estaba en camino, en 1953, Michael le había dejado claro a Betty Mills que no podía casarse con ella porque, aunque no hubiera estado ya casada, había una chica en Cork a la que él había dado su palabra. Dieciocho meses más tarde llegó Carol, y Betty Mills y Michael Mahoney mantendrían aún cierta relación durante el tiempo que la niña pasó en Quedgeley Court, a finales de la década de 1950.

La mayoría de los habitantes de las caravanas fueron finalmente realojados en las extensas barriadas que se habían ido construyendo en Coney Hill y White City, en Gloucester. En 1959, tras un breve periodo en el que trabajó como sirvienta en una granja de Painswick donde vivía con los niños, Betty se vio en la necesidad de instalarse una temporada en casa de Michael Mahoney, una vivienda municipal en Matson.

La suya era una existencia desarraigada e insegura que habría generado ansiedad en la mayoría de la gente. Es posible que Betty Mills no fuera tan inmune a aquella vida azarosa y sin rumbo como le gustaba aparentar, pero ir poniendo parches, ir saliendo de apuros, la falta total de estabilidad o dirección, constituían el único modo de vivir que co-

nocía. Había llegado a dar por supuesto que todo consistía en ir tirando. Era lo que la vida le había asignado. Aferrarse a sus hijos era su único objetivo y su único interés. En los días de penuria, les juraba que jamás los encerraría en un orfanato ni los abandonaría. Lo decía en serio. Era algo que a ellos les desconcertaba, porque por aquel entonces ignoraban los detalles, lo que suelen llamarse «los polvos y los lodos», de la historia de Betty.

Su propia madre había tenido toda una patulea de niños de padres diferentes. Nacían en residencias especiales para madres solteras, normalmente adosadas a un hospicio, y luego eran entregados en adopción o criados por el Estado. Betty nació en 1928 y era la más joven. Dos hermanos suyos, Syd y Ben, estaban ya en un orfanato, y no tardó en acompañarlos. Hampton Home, Peewitt Laner, Evesham. Los ocho niños en un edificio; las ocho chicas en el otro. Vivían en construcciones separadas, la una junto a la otra, y aunque los chicos sabían que Betty era su hermana, nunca tuvieron la menor relación con ella, y viceversa.

En cuanto tuvo edad suficiente, a Betty la pusieron a trabajar de recadera, a fregar suelos, a hacer de criada. Todos los días eran iguales en el insípido paisaje de su vida. Y entonces, cuando cumplió los cuatro años, una hermana mayor que se había puesto a servir en la Isla de Wight fue a visitarla. Explicó que había venido a llevarse a Betty y a sus hermanos a visitar a sus abuelos a Salford Priors, en el valle de Evesham.

Salieron a pie y aún seguían caminando a campo traviesa cuando empezó a caer la noche. Siendo ya un anciano, Syd Mills aún recordaría que había sido una caminata interminable hasta llegar a un bosque, donde los dos hermanos y las dos hermanas durmieron al abrigo de un cercado. Al despertar cruzaron un campo recién labrado en dirección a las ventanas iluminadas de una casa que se divisaba en la distancia. Syd, que por aquel entonces tenía tan sólo seis años, recordaba haber mirado por la ventana y haber visto a un hombre pequeño y viejo, a una mujer vieja y grande, y a un tercer hombre con los pies apoyados en el fogón.

Pero no fueron bienvenidos. Habían pasado la noche andando y habían dormido al abrigo de un seto antes de seguir camino hasta llegar a casa de su abuela, y se habían sentido rechazados. Fueron acogidos en la puerta con un «¿Qué queréis?». Syd y Betty pasaron la noche en el sofá acoplados como cucharas, y él siempre recordaría que se había despertado por la mañana y había oído a su madre cantar El viejo puente junto al molino mientras limpiaba la parrilla del hogar.

Más de veinte años después, Betty Mills repetiría el recorrido, sólo que esta vez en autobús y con Phillip y Carol a cuestas. Había perdido el contacto con todos sus hermanos y hermanas, que se habían marchado de casa para alistarse en el ejército o a cualquier otro destino, pero ella había reencontrado a su madre y quería presumir de sus hijos ante ella. Su madre, no obstante, se había casado al cabo de todo aquel tiempo, y no quería que sus parientes políticos supieran nada de su vida anterior, ya que eso sólo le causaría problemas. Los echó con cajas destempladas; les dio con la puerta en las narices.

Carol tardaría años en comprender las tribulaciones que había padecido su madre de niña, sin que nadie le mostrase jamás afecto, sintiéndose rechazada. Llegaría entonces a darse cuenta de lo afortunada que había sido por tener una madre que le decía que era preciosa y que siempre lo sería. Su frase favorita, que tan a menudo utilizaba cuando se quejaba de que no tenía ropa bonita que ponerse, era: «Carol, da igual lo que te pongas. Aunque te pusieras un saco seguirías estando preciosa».

Carol tenía cuatro años en 1959, cuando ella, su madre y su hermano se mudaron a casa de su padre natural, Michael Mahoney, en Matson. Carol sabía que aquel hombre, y no el hombre cuyo apellido llevaba, era su padre «de verdad», y por eso le quería. Era grande, alto y fuerte, tenía el mismo pelo espeso y oscuro que ella, y le recordaba a Clint Walker, el de la televisión, el de Cheyenne. Conducía una moto con sidecar y la llevaba a recorrer el campo en ella. A veces incluso la dejaba montarse detrás de él, en el sillín.

Probablemente por eso siempre le habían atraído las motocicletas y los hombres que las montan.

Entre las cosas que no olvidaba de lo que había de seguir considerando el piso de su padre estaban el gran cuadro de María y Jesús, con unos ojos que te seguían fueras a donde fueras, colgado en el cuarto de estar, y el acordeón que había en la habitación de Michael, que le había dicho que sería suyo algún día, pero que tenía prohibido tocar sin estar él presente.

Entonces, y no por culpa suya, aunque Carol creía que sí porque habían tenido un rifirrafe por unos chelines que ella había cogido pero que eran para el contador del gas y por los que Michael se había enfadado tanto que le había levantado la voz, llegó de nuevo la hora de seguir camino. Su padre le había dicho que era una chica mala y que no quería que una chica mala viviera con él. Pero no se marchaban por eso. Betty y Michael habían acordado desde el principio que vivir juntos, como si fueran una familia, sólo podía ser, por razones no desveladas, una medida provisional.

Betty tenía ya treinta y uno o treinta y dos años, Carol cuatro y Phillip seis. De casa de Michael Mahoney se fueron a la de Joan y Jimmy, los Brady, una pareja de católicos irlandeses que habían conocido en Quedgeley Court y que, al margen de la mudanza, vivían en condiciones que cabría definir como de rápida e imparable superpoblación. Fue mientras compartían casa con los Brady cuando Betty conoció al hombre que habría de ser su siguiente marido y el padre de su segunda familia. Por supuesto, también sería, necesariamente, el padrastro de sus otros hijos.

Alf Harris tenía el cabello claro, que empezaba a encanecer. Era doce años mayor que Betty Mills y llevaba un sombrero de paño y traje, según observó Carol. También observó que su madre se había pasado la mayor parte de la tarde de aquel primer encuentro en el retrete que había en el exterior. Carol sabía que era allí donde había estado porque estuvo horas sobre el césped aguardando el paso de los trenes que entraban y salían de la estación de Gloucester. Le encantaba el sobresalto que le producía aproximarse

tanto a aquel estrépito. Betty regresó a la casa cuando los hombres cruzaron la calle de camino al bar, pero se mostró vergonzosa y callada cuando volvieron. Pasaron sólo un par de semanas, puede que tres, antes de que les dijera a Phillip y a Carol que el señor Harris iba a ser su siguiente papá, y sólo seis hasta que se casó con él.

«Imagínate que llegas de la ciudad y de repente te encuentras con un montón de gente rara a la que tienes que llamar hermano y hermana y papá y cosas así.»

Tras haber descubierto a los cinco años a su «verdadero» padre, Carol no estaba dispuesta a renunciar a él. Otra cosa a la que no estaba dispuesta era a luchar por llamar la atención ante la competencia de toda una recua de hermanos y hermanas. La tercera fue la mudanza de Gloucester a un lugar que, incluso a su edad, era lo suficientemente urbanita para considerar tierra de paletos.

Gracias a Dennis Potter, a sus obras para la televisión y sus entrevistas y ensayos, posiblemente tengamos una imagen más detallada de cómo era la vida en el Bosque de Dean en el último medio siglo de la que tenemos de cualquier otro punto geográfico de toda Inglaterra.

La región queda a unos dieciocho kilómetros por carretera de Gloucester («Una ciudad de la que a uno siempre le apetece marcharse lo antes posible», en palabras de Potter), en la otra orilla del río Severn. El río Wye traza la frontera occidental de ese «pequeño país aislado», y Gales está justo al otro lado de Offa's Dyke. A lo largo de toda su vida, Potter ha dedicado su atención a la soledad del Bosque de Dean, su aislamiento físico y la introversión que ha generado en sus habitantes. La estulticia de éstos, resultado de la endogamia y el incesto («era incapaz de encontrarse el culo ni con las dos manos»), era hasta hace relativamente poco tiempo una broma habitual en los pueblos circundantes. La proximidad a la frontera galesa explica la existencia de un dialecto que es prácticamente ininteligible para todo el mundo menos para ellos.

La insularidad era algo que Potter, a su manera característica, celebraba y deploraba a la vez. (A los diez años de edad, «entre el día de la victoria en Europa y el de la victoria sobre Japón», había sido violado, «abusando de mi inocencia», por un pariente varón mayor que él, acontecimiento que no mencionó a nadie en más de treinta años.)

La primera película que hizo Potter para la BBC fue un documental sobre el cerco al que el mundo moderno había sometido a una forma de vida que, durante generaciones, había girado en torno a los mismos elementos inmutables: la capilla, el rugby, la banda de metales, el pub y el coro. En Cinderford habían abierto un Woolworths, «una tienda nueva de color caramelo llamada simplemente Hágalo Usted Mismo» y un supermercado de la cadena Coop. Y, como señalaba Potter con pesar; había una cafetería, el Telebar, en la parte baja de la ciudad, al pie de la colina, más allá del monumento conmemorativo de la guerra. Su principal atractivo, una televisión en blanco y negro, se había visto desplazado recientemente por una máquina de discos tipo sputnik, llena de luces de colores chillones que se encendían y apagaban en rápida sucesión. «Los jóvenes del local movían los pies y chasqueaban los dedos, en parte redimidos por esa gracia que tiene el parodiarse a sí mismos, hablando entrecortadamente con el cerrado acento de la zona: “Si quieres que te diga la verdad, al cachivache ese no le vendría mal un buen cenicero en la parte de atrás”.»

Estamos en 1961, un año después de que Betty Mills se casara con Alf Harris y se mudara a Cinderford.

Alf era minero de la Northern United, una de las explotaciones verticales y profundas que antes de la guerra habían dado empleo a casi todos los hombres sanos del Bosque de Dean; pozos trabajados a golpe de pico y pala que seguían funcionando a expensas de un agotador trabajo por turnos. Se daba un buen lavado o una ducha en el trabajo antes de volver a casa en bicicleta por los senderos que cruzaban los densos macizos boscosos que había entre el pozo y la aldea. Pero a pesar de todo le quedaba polvo de carbón alrededor de los ojos y en las orejas, como notaba

Carol con sus peculiares dotes de observación. Nunca estaba del todo limpio. Su piel tenía siempre un color como amarillento, con círculos negros en torno a los ojos que, azules y brillantes, refulgían al fondo.

Harris tenía un empleo típico del Bosque de Dean y, cuando no estaba trabajando, se entregaba a pasatiempos que le hicieron echar profundas raíces en la comunidad. Se había construido un cobertizo y lo había convertido en su taller («Vamos, entrad, echadle un vistazo a mi guarida»). Construía cosas: estantes, puertas, mesas... Cogía un par de sillas viejas, les serraba las patas, les ponía un tablero encima y hacía una mesa; toboganes, barras para desayunar cuando se pusieron de moda, gallineros, casetas para perro. Hasta Carol tenía que admitirlo: la verdad es que era bastante manitas.

Harris criaba conejos canadienses blancos. Tenía gallinas y criaba pollos. Cuando se mudaron del tercer piso de Grenville House, donde empezó a vivir con Betty Mills, a una casa con un trozo de terreno, le pidió prestados dos ponis a su vecino para que le pacieran la hierba. Los ató a sendos postes en el jardín para que pastaran en círculo. Una noche, uno de aquellos condenados estuvo a punto de estrangularse con su atadura y tuvo que salir a desengancharlo. Y todos esos puñeteros niños asomados a las ventanas, mirando.

El bronce. Ése era otro de sus intereses. Coleccionaba bronces de cualquier forma y tamaño, y dio con un modo de tenerlos siempre pulidos estableciendo entre los críos una especie de competición. Periódicos sobre la mesa y preparados, listos, ya, a frotar, ¿cuál ha quedado más brillante?

Al llegar el otoño se pasaba las horas muertas en el bosque cercano recogiendo leña. Había construido una especie de carretilla con dos ruedas de un cochecito de niño, y a veces dejaba montar a Carol si no le daba la murga con que no era su padre de verdad y él no estaba soltándole guantazos; cuando disfrutaban de una de sus treguas. Y en el ca-

mino de vuelta a casa ella le ayudaba a tirar de la carga, siempre y cuando no fuera demasiado pesada.

El matrimonio entre Betty Mills y Alf Harris fue, en cierto modo, una transacción, expresa pero indirectamente reconocida como tal por ambas partes: ella no tenía hogar; él tenía hijos que requerían atención.

Harris era viudo. Su esposa había muerto de cáncer estando en la treintena. Los hijos de aquel primer matrimonio se habían ido a vivir con sus parientes tras la muerte de su madre, pero ahora que su padre tenía otra mujer, empezaron a volver gradualmente a casa. Chrissy, de nueve años; Keith, de once; Josephine, de quince; Raymond, de dieciséis. Phil y Carol sólo habían visto dos veces al señor Harris, y de repente era su papá y tenían tres hermanos mayores y una hermana. Ya no eran sólo tres, sino parte de una gran familia atrapada en el Bosque de Dean.

Los conflictos surgieron casi de inmediato. Lo sorprendente habría sido lo contrario.

La cosa empezó por Carol, Phil, Chris y Keith; siempre dándose codazos, intentando hacerse un hueco. Cuando se mudaron a Cinderford («Zinnerfuzz»), su madre montaba a Phil y a Carol una vez al mes en el autobús de dos pisos que iba a Gloucester. Michael Mahoney los recogía al final de la línea y los llevaba a comprar juguetes y ropa y, en general, los malcriaba. Naturalmente, ellos no alcanzaban a comprender por qué no les sentaba bien a aquellos desgraciados de «los andurriales», como Carol sigue llamando al lugar, aunque lleva ya cuarenta años viviendo en él.

Entonces ocurrió algo y Michael Mahoney dejó de verlos. Sólo sabían lo que su padrastro les había dicho: que su padre no quería verlos más; que no quería saber nada de ellos. Más adelante descubrirían que había intentado mantenerse en contacto con ellos, pero que todas sus cartas, postales y pequeños envíos de dinero habían sido interceptados. En aquel tiempo, Carol no alcanzaba a entender qué podía haber hecho que fuera tan malo como para que él no quisiera ni verla. Desde aquel mismo instante empezó a sentir que su vida iba cuesta abajo.